

La solución al problema del pecado

Coy Roper

«Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él. Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros.»

Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo» (1^{era} Juan 1.5–2.2).

Hacerse cristiano no elimina todos los problemas de la vida. Los cristianos se enferman y mueren. Pierden sus empleos o sus negocios quiebran. Se decepcionan de sus relaciones personales. Tienen problemas familiares. Sin embargo, el problema más grande que los cristianos enfrentan, no ha de encontrarse entre sus problemas de salud, ni en sus problemas financieros, ni en sus problemas familiares. Es el problema del pecado.

El cristiano ha sido salvo del pecado. Cuando creyó en Jesús (Juan 8.24), se arrepintió de sus pecados (Lucas 13.3), confesó su fe (1^{era} Timoteo 6.12), y fue bautizado en Cristo (Gálatas 3.27), recibió el perdón por sus pecados (Hechos 2.38). En ese momento, nació de nuevo; fue añadido a la iglesia del Señor; fue salvo.

¡Sin embargo, el cristiano todavía peca! A pesar de que fue salvo del pecado, su salvación no le impide pecar. El problema del pecado continúa rondándolo. Puede que intente resolver el «problema de su pecado» de alguna de las siguientes tres formas: 1) Puede llegar a la conclusión de que, en vista de que todavía peca, jamás fue salvo. O vuelve de nuevo al mundo o busca la salvación

bautizándose de nuevo. 2) Puede llegar a la conclusión de que, en vista de que es incapaz de vivir sin pecar, entonces bien puede renunciar a la idea de ser cristiano. Abandonará el esfuerzo, creyéndose muy débil, muy indigno, de ser un hijo de Dios. 3) Puede llegar a la conclusión de que, en vista de que de todas maneras va a pecar, bien puede dejar de preocuparse por el asunto y pasarla bien. Por lo tanto, continúa siendo cristiano mientras sigue viviendo en pecado.

Ninguna de las anteriores son soluciones realmente. Sin embargo, la Biblia provee ayuda. Específicamente, en 1^{era} Juan 2.1–2, junto con el contexto, la solución al problema del pecado es presentado por Juan. Este hace cuatro comentarios en relación con el pecado y el cristiano.

LOS CRISTIANOS NO DEBEN PECAR

Juan dice: «... estas cosas os escribo para que no pequéis...» (1^{era} Juan 2.1). (Vea también 1^{era} Juan 2.15–16; Gálatas 5.19–22; Romanos 6.12–14.)

Los lectores de Juan necesitaban este mensaje. Aparentemente, algunos de ellos habían acogido una herejía conocida como gnosticismo en las etapas incipientes de este. Había muchas formas de gnosticismo, sin embargo, todas tenían lo siguiente en común: Creían que la carne y todo lo relacionado con ella, era malo; pero que el espíritu, y todo lo relacionado con él, era bueno.

Teológicamente, esto llevó a los gnósticos a la conclusión de que Jesús realmente no podía ser Dios en la carne. Dios, siendo espíritu, era demasiado bueno realmente para habitar en carne pecadora e inicua. Por lo tanto, podrían decir que Cristo solamente parecía ser carne. (Vea 1^{era} Juan 4.2–3.)

Moralmente, la misma clase de creencia llevó a los gnósticos a tener dos puntos de vista opuestos. Algunos dedujeron que, en vista de que la carne era mala, el trabajo del cristiano era negar la carne, o incluso mutilarla. Ellos podrían exponerse a climas helados, morir de hambre o cortarse a sí mismos con piedras. En el extremo opuesto estaban algunos que sostenían que la carne realmente no afecta

el espíritu que habita en ella. Por lo tanto, creían que el cristiano podía vivir como deseara, esto es, podía ser borracho, glotón o fornicario, y esto no le podía hacer ningún daño. Después de todo, lo que importaba era la condición del espíritu que podía ser bueno, íntimamente unido a Dios, sin importar lo que el cuerpo hiciera.

Algunos de los lectores de Juan parecen haber compartido este último punto de vista porque Juan dice: «... Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él. Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad» (1^{era} Juan 1.5–6).

Deben de haber dicho: «Estamos en comunión con Dios. Nuestra inmoralidad realmente no importa, porque nuestros espíritus son puros». Juan respondió: «Están viviendo una mentira. No pueden tener comunión con Dios en tanto vivan de una manera que es contraria a Su naturaleza y a Su Palabra. El espíritu de ustedes no es puro si sus acciones no son puras».

Tal vez nosotros también tengamos necesidad del siguiente mensaje: ¡No debemos pecar! Algunos cristianos saben que pecan, pero no hacen caso al pecado y dicen: «Sé que digo palabrotas cuando me enoja, pero sencillamente así soy yo»; «Sí, pierdo los estribos muy a menudo, y a veces golpeo al que me hace enojar, ¡pero todos saben cómo somos los irlandeses pelirrojos!». Cuando los cristianos dicen cosas como las anteriores, dicen que pecan y lo saben, pero no tienen intenciones de dejar de pecar. ¡Eso cristianos necesitan entender que Dios no desea que ellos pequen!

Primera de Juan 1.5–6 también nos dice por qué nosotros, como cristianos que somos, no debemos pecar. Juan dice que no es correcto que teniendo comunión con Dios, quien es luz, andemos en tinieblas o en pecado.

Podemos entender el concepto de un comportamiento apropiado. Imaginen al presidente de los Estados Unidos que llega para reunirse con un jefe de estado extranjero. El avión presidencial se detiene. El centro de atención está en la compuerta del avión; se arriman las escalinatas a la compuerta, la compuerta se abre y el presidente salta afuera, se desliza por el pasamanos, hace un par de volteretas sobre pies y manos, concluye su entrada con una caída cómica a los pies del jefe de estado extranjero, diciendo: «¡Hola, todos!». De hecho, no podemos imaginarnos tal escena: Los presidentes sencillamente no actúan así. Tal comportamiento es inapropiado para alguien en esa posición.

Cuando un bebé llega a la iglesia y succiona su dedo pulgar, sostiene su frazada contra su nariz y

lo dejamos llorar fuertemente durante el servicio, no le damos consideración. Después de todo, ese es el comportamiento que esperamos de los bebés. Pero si un hombre de cincuenta años llega a la iglesia succionando su dedo pulgar, sosteniendo su frazada contra su nariz y lo dejan llorar fuertemente durante el servicio, pensaríamos: «Eso es extraño, algo anda mal». Los hombres adultos sencillamente no actúan así. El comportamiento apropiado para un bebé no es el apropiado para un adulto.

Juan está diciendo algo parecido a lo anterior, a saber: ¡Los cristianos no deben pecar porque no es apropiado que alguien que tiene comunión con Dios peque! Si usted ha estado buscando una razón para dar a los demás de por qué no se les une en pecado, hela aquí: ¡Los cristianos sencillamente no hacen eso! El pecado no es un comportamiento apropiado para un cristiano.

A PESAR DE QUE LOS CRISTIANOS NO DEBEN PECAR, ELLOS PECAN

Juan dice: «... estas cosas os escribo para que no pequéis; y *si alguno hubiere pecado,...*». Existía una posibilidad real de que un cristiano pudiera pecar. Juan usa incluso un lenguaje más severo en el contexto, pues dice: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros [...] Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros» (1^{era} Juan 1.8–10). Obviamente, los cristianos pueden pecar y de hecho pecan. La diferencia entre los cristianos y los no cristianos consiste, no en que los no cristianos sean pecadores y que los cristianos no lo sean. Antes, significa que, ¡los cristianos son pecadores salvos por gracia y los no cristianos son pecadores, y punto!

Solamente el hecho de saber que los cristianos pueden pecar y todavía seguir siendo cristianos, ayuda a cada discípulo en particular. Si se les advierte con anticipación que los cristianos pecan, no tenderán a perder la esperanza cuando ellos mismos sean vencidos por el pecado. Como cristiano que es, ¿peca usted? ¡Igual peca todo cristiano! No se dé por vencido porque peca. Pecar no lleva inevitablemente a la condenación, pero sí el darse por vencido.

No obstante, reconocer que pecamos presenta un problema. ¿No hay acaso algo contradictorio en decir que no debemos pecar, y sin embargo pecamos? Si se supone que no debemos pecar, y aun así lo hacemos, ¿con cuánto pecado podemos «salirnos con la nuestra» y seguir siendo salvos eternamente? Juan ayuda a resolver el problema en otros dos pasajes algo difíciles de 1^{era} Juan, donde dice:

Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido. Hijitos [...] El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio [...] Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios (1^{era} Juan 3.6–9).

Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado (1^{era} Juan 5.18).

¿Está Juan dando a entender que es imposible que el cristiano peque? Obviamente no, porque entraría en contradicción con lo que dijo en 1^{era} Juan 1.8, 10; 2.1 ¿Qué está dando a entender entonces?

La respuesta a la pregunta anterior reside en el tiempo de los verbos del lenguaje original. En el griego, estos verbos están en tiempo presente, lo que conlleva la idea de una acción continua. Podrían traducirse por «continúa...». Literalmente, lo siguiente es lo que dice Juan:

Todo aquel que continúa permaneciendo en él, no continúa pecando...

El que continúa practicando el pecado es del diablo...

Todo aquel que es nacido de Dios, no continúa practicando el pecado...

No puede continuar pecando, porque es nacido de Dios...

Todo aquel que ha nacido de Dios, no continúa practicando el pecado...

Así que Juan está enseñando que los cristianos pecan, esto está claro; ¡pero no continúan pecando! Habitualmente, no pecan. El pecado no es la característica principal, ni el principio, ni la tendencia más importante de sus vidas. Retrata al cristiano como alguien que se esfuerza por no pecar, pero que ocasionalmente cede al encanto del pecado. Anda usualmente y habitualmente en el camino de Dios, sin embargo, a veces tropieza y cae. La meta y propósito de su vida es la justicia. Sin embargo, aunque no tan frecuentemente, sucumbe al pecado.

Como ilustración, piense en lo que el atleta o equipo ganador hace: El mejor bateador en béisbol no anota una carrera todas las veces que batea. De hecho, ni siquiera logra darle a la pelota todas las veces que se coloca en la base. A veces incluso se poncha. Sin embargo, consigue suficientes carreras para que uno espere que algo bueno sucederá cuando se presenta a batear. El equipo de fútbol más grande no anota todas las veces que emprende una jugada, ni siquiera consigue un primero y diez cada vez que obtiene el balón. Sin embargo, consigue suficientes primero y diez y suficientes anotaciones para ganar el juego.

Así es con el cristiano: No siempre le gana al pecado, sin embargo, gana más de lo que pierde. A pesar de que pierde sus batallas contra la tentación de vez en cuando, no hace de ello una costumbre. La tendencia o el rumbo de su vida es la justicia, no el pecado. Puede que batee bolas malas de vez en cuando, pero la mayoría de las veces «anota una carrera».

El cristiano necesita darse cuenta de que no debe pecar y que, sin embargo, peca. Cuando peque, no hay razón para perder la esperanza, pero sí hay razón para levantarse y tratar de nuevo de vivir una vida justa.

CUANDO LOS CRISTIANOS PECAN, DIOS PROVEE UN REMEDIO

Juan dice: «...si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo» (1^{era} Juan 2.1–2).

Juan dice que no debemos pecar, pero pecamos. Esa es una mala noticia. Ahora viene la buena noticia, a saber: ¡Dios proveyó para que seamos perdonados cuando pecamos! Este mensaje me dice que a pesar de que soy pecador, ¡todavía puedo ser perdonado, y todavía puedo ir al cielo!

¿Por medio de qué maneras se cumple este perdón? La provisión de Dios es sencillamente la siguiente: Jesucristo. Él es nuestro abogado, el que defiende nuestro caso con el Padre. Él es la expiación por nuestros pecados, esto es, el «medio por el cual el pecado es cubierto y remitido».¹ Por medio de Su sangre, nuestros pecados son perdonados (1^{era} Juan 1.7).

¿Cuál es la base, entonces, sobre la cual tenemos esperanza de perdón y salvación eterna? ¿Sobre la base de nuestra bondad innata? ¿La de nuestras buenas obras? ¿La de vivir nuestra vida cristiana de forma perfecta? ¡Ninguna de las anteriores! ¡Sino, sobre la base de la gracia de Dios y la sangre de Cristo! Somos perdonados, no por lo que hemos hecho por Dios, sino, ¡por lo que el Señor ha hecho por nosotros!

LOS CRISTIANOS DEBEN HACER ALGO PARA RECIBIR EL REMEDIO DE DIOS PARA SUS PECADOS

Juan también hace el comentario de que el perdón que Dios provee al cristiano por medio de

¹ W. E. Vine, *An Expository Dictionary of New Testament Words* (Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento), vol. 3 (Old Tappan, N. J.: Fleming H. Revell, 1966 reimpresión), 224.

Cristo es condicional. Los cristianos deben hacer algo para recibir ese perdón.

No debemos sorprendernos por lo anterior. Somos salvos inicialmente por gracia, pero solamente cuando aceptamos esa gracia por medio de cumplir las condiciones del perdón, a saber: cuando creemos, confesamos, nos arrepentimos y nos bautizamos. Por lo tanto, es razonable que también se nos pida hacer algo para continuar siendo salvos por gracia por medio de Cristo.

Pero, ¿que requiere Dios que haga el cristiano para ser perdonado? ¿Qué debemos hacer para mantenernos salvos? Traté de pensar en tres o cuatro puntos a usar bajo este encabezado, sin embargo, al final decidí que, ¡Dios requiere solamente una cosa de nosotros, no tres ni cuatro, para que recibamos el perdón de nuestros pecados! Juan nos dice qué es esa única cosa en 1^{era} Juan 1.7. ¡La única cosa necesaria para que un cristiano sea purificado de sus pecados es «andar en luz»!

Sin embargo, alguien objetará: «¿Y el arrepentimiento? ¿acaso no es necesario?». Sí, lo es: el cristiano debe arrepentirse de sus pecados (Hechos 8.22). Y si anda en luz, está arrepintiéndose constantemente. Por supuesto, en este contexto Juan dice: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad» (1^{era} Juan 1.9). Y si un cristiano anda en luz, está confesando constantemente sus pecados a quienes estos competen. «¿Y la oración? ¿No tiene el cristiano que orar pidiendo perdón?». Definitivamente (Hechos 8.22). Y el cristiano que anda en luz está orando constantemente pidiendo perdón. Por lo tanto, «andar en luz» incluye arrepentirse, confesar el pecado y orar pidiendo perdón. Por lo tanto, no son tres cosas las que hay que hacer para recibir el perdón como cristiano. Solamente hay una cosa necesaria, a saber: «andar en luz».

Pero, ¿qué significa «andar en luz»? No significa «vivir sin pecado». Si significara «vivir sin pecado», Juan estaría diciendo: «Si vivimos sin pecado, la sangre de Jesús nos limpia de nuestros pecados». ¡Y si viviéramos sin pecado, no tendríamos pecados a ser perdonados! Por lo tanto, «andar en luz» no puede significar vivir sin pecado.

¿Qué significa entonces? A mí me parece que solo puede significar procurar con diligencia vivir de conformidad con la luz de la Palabra de Dios.

«Procurar con diligencia» es la clave para andar en luz. El cristiano no vive sin pecado, pero siempre está esforzándose, haciendo todo lo posible en sus propias circunstancias, por hacer la voluntad de Dios. A veces cae, pero se esfuerza siempre por conseguir esa meta. Si eso hace, creemos que Dios

lo recibe como «andar en luz».

Si andamos en luz, tenemos la siguiente promesa bendita: «... la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado». Aquí de nuevo, se usa el tiempo presente del verbo y se recalca el aspecto continuo de la acción. Podríamos traducirlo de la siguiente manera: «... si continuamos andando en luz, como él está en luz, continuamos teniendo comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo continúa limpiándonos de todo pecado». ¡Estamos, como cristianos que andan en la luz, andando continuamente en un baño de la sangre limpiadora de Cristo! Tan pronto como pecamos, la sangre de Jesús nos limpia y Dios nos perdona.

Lo anterior significa que, si soy un cristiano que procura con diligencia hacer la voluntad de Dios, ¡no necesito preocuparme de que si un día tengo un pensamiento malo y luego tengo un ataque cardíaco y muero antes de tener la oportunidad de orar pidiendo perdón, me iré al infierno por causa de no haber orado pidiendo perdón por ese pecado! Antes, ¡constantemente me gozo, sabiendo que, porque estoy esforzándome constantemente por obedecerle, Jesús perdona continuamente mis pecados y puedo estar seguro de que iré al cielo!

CONCLUSIÓN

Aún queda una pregunta, y es esta: ¿Anda usted en luz, esforzándose con diligencia por hacer la voluntad de Dios de la forma que Dios desea?

Si le conociera bien, pienso que podría saber si anda en luz. Al menos, me parece a mí que, cuando los cristianos no tienen interés en leer la Biblia, ni en orar, cuando no asisten a la adoración regularmente, cuando participan en actividades mundanas, no están esforzándose con diligencia por hacer todo lo que pueden por vivir para Dios. Sin embargo, mi juicio podría estar equivocado en su caso.

Por otro lado, aun si no supiera con seguridad si usted anda o no en luz, usted bien lo sabe, ¿o, no? Usted sabe si está esforzándose con diligencia o no por andar en luz de conformidad con la Palabra de Dios. Puede engañar a los demás, pero, probablemente, no se está engañando a sí mismo.

Alguien más lo sabe. Dios sabe si verdaderamente anda o no en luz, esto es, esforzándose con diligencia por seguirle a Él. Puede engañar a los demás; puede engañarse a sí mismo. ¡Pero no puede engañar a Dios! Él sabe cuánto se puede esperar de usted. Él conoce su corazón y si su intención es hacer todo lo posible por vivir de conformidad con Su Palabra. La pregunta real es esta: ¿Qué es lo que Dios sabe? ¿Cómo lo ve Dios a usted?